



PELIGRO: COCODRILO SUELTO

Comentario sobre:

*La historia de Sputnik y David*¹⁹

JUAN JOSÉ BUSTAMANTE ROJANO

El relato ofrece un paralelismo entre la presencia del *ello*, fijación a la etapa oral mordiente, y el surgimiento y desarrollo del *yo*,²⁰ posibilidad de dar cuenta a sí mismo, de sí mismo y del significado de su existencia.

Brevemente la historia dice:

Siendo ambos muy pequeños, alguien regaló un caimán a David, quien lo bautizó con el nombre de Sputnik. A partir de ese momento crecieron juntos, como almas gemelas. David aprendía de su familia y de la escuela y eso mismo intentaba enseñarle a Sputnik, quien aprendió a beber refresco, a comer las palomas del pueblo hasta llegar a su perdición que fue comerse las aves del gallinero de sus benefactores. Aunque la presencia y la amistad de Sputnik con David era vista con cierta naturalidad por

¹⁹ Emilio Carballido. *La historia de Sputnik y David*. México, FCE, 1993. Colección A la orilla del viento.

²⁰ Puede verse S. Freud. *El Yo y el Ello*. Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 1923b. Obras Completas.



El agujero de las sorpresas, diálogo entrañable

la comunidad y por su familia, la existencia del animal en la vida del mismo pueblo causaba gran controversia. Había algunos que estaban de acuerdo en que se comiera a las palomas porque éstas eran animales sucios, y cuando se las comía era lo recompensaban con bebidas de manzana. Algunos no lo querían porque le temían, lo consideraban un animal peligroso al que no deseaban tener en la comunidad. Parece que esta doble condición hacía de Sputnik un personaje controvertido, más controvertido que David. Su oralidad –voracidad al comer– lo llevó a ser fotografiado junto a la estatua de Juárez como personaje famoso del pueblo, y David estaba orgulloso de ello. La oralidad y la posibilidad de los impulsos agresivos eran en la figura de Sputnik algo aceptable y glorioso para unos y algo peligroso, reprochable para otros. David se sentía el rey del mundo. Se convertía en ser importante por tener un amigo con tan sus géneris virtudes. David nunca olvidará aquella ocasión en que presentó a Sputnik a sus compañeros de escuela, temía, por sus padres, llevarlo a la escuela, pero ya que el maestro de ciencias naturales les pidió un animal para disecarlo, David, junto con Sputnik y una toalla llegaron al salón de clases sin saber lo que el maestro verdaderamente había querido decir. Al entender que se trataba de despellejar a los animales, David le mostró al maestro su espécimen. Sputnik daba muestras de enojo y desacuerdo por ese procedimiento, movía y azotaba la cola contra piso y bancas. El maestro no tuvo más remedio que aceptar las condiciones que, para llevarse a Sputnik, le impuso David: liberar a los animales destinados a la experimentación y calificar con las más altas notas a todos los compañeros. Esta señal de solidaridad no la olvidó nadie.



Peligro: cocodrilo suelto

Sputnik estaba preocupado por comer y jugar. Su desarrollo se había estancado. Pensaba que los mayores no querían que se educara. David cada vez aprendía más cosas en la escuela, pero sus padres no parecían advertir esto. David creía que lo que sentía y sabía no tenía importancia para sus padres, ya que no se comunicaban con él. Cuando llevaba alguna novedad respecto del sistema escolar, los padres sólo argumentaban que ése era el precio de tener a un hijo en una escuela con ideas modernas.

Continuaron creciendo y seguían siendo inseparables aunque cada uno hacía lo propio de su especie. David cumplía con sus compromisos de alumno estudioso e hijo bueno y Sputnik con su papel de animal domesticado.

Sputnik no pudo renunciar a los impulsos de su naturaleza: su hambre y su oralidad voraz y pasiva. Empezó por “error” cuando un pavo entró en sus fauces hasta llegar a su estómago despertando aquella pasión por las gallináceas que por tanto tiempo había sido domesticada. Al descubrir su propia naturaleza buscó satisfacerla de manera activa, acabando con los moradores del corral.

¿Habrà sido ésta su más sana respuesta o habrá sido, como lo dijeron los padres de David y algunos otros miembros de la comunidad, la perdición de Sputnik?

David no creía lo que sus oídos escucharon y desesperado defendió a su inseparable amigo. La madre, el padre y la hermana mayor de David pidieron artículos de piel de cocodrilo como castigo por las acciones de Sputnik, actitud que angustió y lastimó a David. Estaba tan enfurecido que dijo que preferiría cinturones y maletas con piel de papá, mamá y hermana. Esto provocó llanto en la madre,



El agujero de las sorpresas, diálogo entrañable

que decía no creer que su hijo amara más a ese animal que a su propia madre. El padre reflexionó y consideró que Sputnik no merecía la muerte, pero sí el cautiverio en el zoológico del pueblo.

Encorajinado y sin aceptar de buena gana, David habla con su amigo, explicándole la intención de su padre: meterlo en una jaula. Además, le reclama que no estarían pasando por esas si no se hubiera comido los animales del gallinero, a lo que Sputnik respondió: ¿qué tiene de malo?, ¿qué, ustedes los humanos no lo hacen? Abrazándose entre lágrimas, David arriba del lomo de Sputnik, cruzaron el pueblo rumbo al pantano de donde habían recogido a Sputnik hacía años.

En su retorno al pantano, el caimán era movido por una fuerza que provenía de su necesidad de ser como los de su especie. Ni las lágrimas ni la tristeza impidieron que Sputnik se sumergiera en la búsqueda de los suyos, así como tampoco el que David hiciera lo suyo. Cada 6 meses o cada año David visitaba al saurio, y en una ocasión Sputnik le presentó a sus trescientos nueve hijos. Esta experiencia fue como una lección para David, quien tuvo un hijo y una hija a quienes bautizó como Davidcito y Davidcita. Cuando estuvieron en edad los llevaba al pantano para que pasearan en el lomo de Sputnik. Ni la familia caimán ni la familia humana fueron felices, pues nadie lo es permanentemente. Sin embargo, cuando estaban juntos, habían aprendido la importancia de la alegría y la convivencia.



Peligro: cocodrilo suelto

Consideraciones psicodinámicas

Al escuchar y reflexionar sobre este relato, lo primero que viene a la mente es que se trata de un cuento sobre el *ello*, representado por Sputnik, y sobre el *yo*, personificado por David. Recordando el postulado freudiano sobre las instancias psíquicas: “Donde hay Ello, habrá Yo”, éste es el caso de David, que vivía en una atmósfera ideológica que lo presionaba a ser obediente, buen hijo, a tener buenos sentimientos y a reprimir cualquier manifestación de hostilidad o de todo aquello “que pudiera ser mal visto”.

Educado en esa atmósfera, David enseñaba a Sputnik lo que aprendía en casa y en la escuela. Sputnik nunca se interesó en esas cosas. Su interés estaba puesto en el comedor y en el jugar. Mientras crecían, David se sentía satisfecho y seguro por las aventuras de su inseparable compañero. Era un honor ser amigo de alguien que diera tanto de qué hablar, tanto por lo bueno, como por lo malo. Para David, su lagarto es una animal protector pero, además, es un animal peligroso, todo depende de la situación en que David se encuentra. Cuando David percibe la crueldad del maestro hacia los animales Sputnik se revela amenazante y furioso y David, como un niño solidario a través de su misma fuerza. Aquí aparece el *yo* en un proceso de integración con los impulsos primitivos. El mismo proceso de integración, pero más adelante en el desarrollo de David, le permite advertir las diferencias que hay entre él y Sputnik.



El agujero de las sorpresas, diálogo entrañable

Por entonces la ideología familiar y social lo han moldeado, lo que Sputnik ha hecho (saciar la oralidad propia de su especie, un equivalente de la expresión de los impulsos reprimidos en David) es algo que merece la muerte o la prisión a los ojos de sus seres más cercanos.

David teme por Sputnik, pero no lo traiciona. Se revela ante la ideología familiar y es capaz de expresar su hostilidad abiertamente, pero la respuesta que obtiene, sobre todo por parte de la madre, es la de una mujer que sufre por causa de un lagarto a quien el niño quiere más que a su propia madre. Seguramente Sputnik se concilia, ambos saben que el lagarto debe regresar al lago, con los de su especie; allí las exigencias las marca la naturaleza.

David sabe con tristeza que ha dejado de ser un niño para irse transformando en una persona que tiene expectativas. Esta separación de la parte animal simboliza que ya no le es necesaria para sus procesos de integración con el mundo. Entiende la naturaleza de Sputnik, no la critica ni la niega, la hace su amiga y aprende a manejarla, porque ha aprendido que es parte de sí mismo. Finalmente, el *ello* en este cuento termina al servicio de la personalidad total.

En el hombre, el “ser animal” (que vive en él como su psique instintiva) puede convertirse en peligroso si no se le reconoce e integra en la vida. El hombre es la única criatura dotada para dominar con su voluntad al instinto, pero también es capaz de reprimir-



Peligro: cocodrilo suelto

lo, deformarlo o herirlo; pero un animal, hablando metafóricamente, nunca es tan fiero y peligroso como cuando se le hiere. Los instintos reprimidos pueden llegar a dominarlo, incluso pueden destruirlo.

Los instintos reprimidos y heridos son los peligros que amenazan al hombre civilizado; los impulsos no inhibidos son los peligros que amenazan al hombre primitivo. El hombre primitivo tiene que domar al animal que lleva dentro de sí y convertirlo en su útil compañero; el hombre civilizado tiene que cuidar al animal que lleva dentro de sí y hacerlo su amigo.